

colonial — aseveraba de continuo —. No tenemos por qué distraernos en lamentaciones y amarguras. Hay que ir a la reconquista de nuestras identidades y aspiraciones comunes. Falta mucho por hacer. Nos urge construir el Matura que queremos para ejemplo del mundo y legado de nuestros hijos.

En la Universidad de Cambridge, Botuba había sido el alumno más sobresaliente de su generación. Con los máximos honores académicos, recibió la licenciatura en Ciencias Económicas. Luego de su regreso a Matura, fue que dedicó sus afanes a conseguir la independencia del país. Después de que sus gestiones lograron la que era su máxima aspiración, el consenso de sus conciudadanos le elevó, sin que él lo pidiera, a la categoría de primer Presidente de la nueva República. Nadie hubo que osara discutirle tan solemne distinción.

Matura comenzó a transformarse bajo el mando firme y la lúcida inteligencia de Botuba, quien programó la racional explotación de los enormes recursos naturales y, fundamentalmente, de la inagotable riqueza minera. Matura, pues, florecía en esplendor y progreso para asombro y ejemplo de sus vecinos.

Mientras tanto, desde su cargo de Primer Ministro, Charles Poiré intrigaba a espaldas de Botuba. Poiré, además, se ufanaba en sus desplantes de superioridad racial, apoyándose para ello en una dudosa, inconfiable ascendencia francesa.

Miranga, su madre, fue una exuberante belleza de la tribu de los camabi. Nadie había visto una mujer así. De soberbia estampa. De magnífica presencia. Por lo que a nadie causó extrañeza de que Poiré, el expedicionario francés, se enamorara perdidamente de ella. Como la tradición camabi prohibía que las mujeres se mezclaran con extranjeros, Miranga y Poiré se fugaron, burlando la estricta vigilancia tribal.

A los pocos meses, Miranga regresó. Aunque abandonada por el francés, no llegaba sola. Traía en los brazos a un recién nacido.

Como su comportamiento rebelde y desbocado siempre había despertado severas críticas, nadie supo nunca si el hijo con el que regresaba era verdaderamente de monsieur Poiré.

Lo que sí resultaba obvio era la semejanza física que el niño tenía con su madre. Los mismos rasgos, idéntica fisonomía, igual negrura azulosa en la epidermis.

Contra la opinión del Consejo de Ancianos, Miranga le registró con el nombre de quien fuera el último de sus enamorados. Porque a partir de luego, repudiada por todos y en primera instancia por los de su familia, Miranga decidió marginarse en las afueras de la región camabi, dedicándose, exclusivamente, a cuidar de su vástago.

Tan pronto el pequeño Charles estuvo en edad escolar, la madre se trasladó con sus muy escasas pertenencias a la capital de Matura. Ahí, mediante un esfuerzo en verdad inaudito, empleándose en las más humildes labores, fue dándole educación al pequeño. Con el correr de los años, envejecida prematuramente por el cruel agobio de los sufrimientos, tuvo oportunidad de colocarse como sirvienta, en la casa de quien era Embajador de Francia. Después de insistentes súplicas, logró que el diplomático le tramitara una beca al joven Charles para estudiar en los prestigiados claustros de la Sorbona. Cumplida que fue su petición, Miranga pudo dormir tranquila, enferma de cansancio, sin que nadie pudiera imaginar que aquella mujer consumida y maltrecha, había sido, alguna vez, la envidia y admiración de cuantos conocieron su belleza de juventud.

Poiré, en consecuencia, llevaba en su formación el estigma de un nacimiento en circunstancias que no iban de acuerdo con las antiquísimas costumbres de los camabi, la tribu más conservadora de Matura. Ese hecho jamás se apartó de su conciencia, porque estaba enclavado en lo profundo del rencor que alimentaba contra todos los que habían destuído a su madre. Además, poseía un terrible complejo de inferioridad que trataba de disfrazar con aires de suficiencia y poses de genialidad.

Cuando Botuba, que conocía sus dotes intelectuales y su vasta preparación, le llamó a colaborar nombrándole como segundo suyo en la conducción de la República recién constituida, Poiré supo que le era dada la ocasión de aspirar a la suprema responsabilidad del país. Inescrupuloso y corrupto, a escondidas del benemérito y bien intencionado Botuba, comenzó a acumular riquezas malhabidas.

Aprovechó su privilegiada posición para favorecer a los que, iguales a su inmoralidad política, le seguían. Fue comprando con dádivas excesivamente generosas a los jefes del ejército. Hasta que su siniestra habilidad le hizo más poderoso que el Presidente.

Los días todos de su existencia, no bastarían para olvidar el 24 de marzo de aquel año en el que, con la complicidad de la casta sagrada de los generales, derrocó a Botuba. En un acto de evidente traición, aprehendió al héroe de la independencia y para aplastar el coraje que tal hecho despertó entre las tribus confederadas, desató una represión que no hizo sino desgarrar la geografía de Matura. El ejército extirpó todo brote de inconformismo, con cruento saldo de víctimas. Nada pudo hacer el pueblo para rescatar al amado Botuba, quien no duró mucho tras de rejas. Porque distorsionando las informaciones que salían al extranjero, Poiré declaró al ilustre preso traidor a la patria, acusándolo de entregar la economía de Matura a los consorcios internacionales. Con tal pretexto, el usurpador le formó cuadro de fusilamiento. Y lo aniquiló. El cadáver fue sepultado en medio del más impenetrable de los secretos, para que ninguno supiera dónde quedaban los restos del admirable creador de la libertad.

Consumada la infamia, sin el mínimo indicio de remordimiento por el crimen cometido, Poiré contrajo matrimonio con una mujer rubia de origen sueco. En el colmo de su enamoramiento, cubrió a Senta de regalos. Los mejores diamantes de las minas de Matura, eran seleccionados para que ella estuviese siempre deslumbradora y enjoyada.

Finalmente, desbocado en su afán de grandeza, en su desequilibrio megalómano, Poiré decretó el fin de la República. Se iniciaba la Monarquía. SU monarquía.

Cada día acusando mayores perturbaciones mentales, Poiré ideó hacerse coronar en medio del esplendor más absurdo que pudiera soportar un país en subdesarrollo. A Francia — siempre a Francia — mandó confeccionar los trajes imperiales. Debían ser copia fiel e inalterada de los que, para el mismo efecto, habían utilizado Josefina y Napoleón. Los maturos encarcelados por el delito de subversión — disidencia política — fueron obligados a construir el enorme solio en forma de águila real, con las alas desplegadas. Todo de oro.

Las invitaciones recorrieron el mundo de la alta política. Reyes, Jefes de Estado, Juntas de Gobierno, Presidentes, aristócratas de insospechable abolengo, las recibieron con estupefacción. No pocos respondieron al llamado de Poiré, confirmando su asistencia a la Solemne Ceremonia de Coronación.

Matura experimentó una transformación inconcebible. Bombaka, su capital, apenas podía reconocerse, envuelta como estaba en un escaparate de lujo que intentaba ocultar la lacerante miseria de sus habitantes. De las mejores cocinas europeas fueron traídos, ex-profeso, los cocineros de mayor prestigio. La vajilla se mandó fabricar con el escudo real diseñado a la usanza napoleónica, llevando las iniciales de los nuevos Emperadores enlazados por finas líneas. Era, sin discusión, un prodigio de orfebrería argentina.

La catedral se engalanó con lujurioso derroche. Una alfombra de terciopelo púrpura, cubría el pasillo central de la nave. Por negociaciones que tuvieron como condición *sine qua non*, el pago adelantado de una cantidad de dinero con abundancia de guarismos, el Papa autorizó a su Delegado para que, en nombre del Señor de la Santa Sede, coronase las testas de Poiré y de Senta.

Llegó la fecha que cambiaría el rumbo de la humanidad.

Con rigurosa disciplina, se inició la serie de eventos que configuraban la programación diseñada por Poiré. A temprana hora del día señalado, un desfile de carros antiguos recorrió las principales calles de Bombaka. Lo más selecto del universo político viajaba dentro de los espléndidos vehículos. Enmedio de vallas formadas por contingentes militares que ostentaban su uniforme de gala, los carruajes fueron deteniéndose junto a la catedral. Ante el asombro de los escasos maturos que pudieron presenciarlo, de cada carroza descendían hombres y mujeres de impecable elegancia. Luego, cada uno de ellos iba ocupando su lugar en el interior del templo.

Sin desviarse un ápice de la exactitud establecida, al término de la décima campanada, la expectación llegó al máximo nivel. En la entrada, hicieron su majestuosa aparición Senta y Charles. Senta, maravillando con su rubia belleza. Charles, ridículo como un rey de carnaval.

Los invitados se pusieron de pie. La orquesta interpretó la marcha compuesta para el evento. Con paso lento y acompasado, los soberanos llegaron a los reclinatorios. Se arrodillaron con un gesto de inocultable soberbia. La ceremonia religiosa transcurrió de acuerdo a los cánones eclesiásticos. El Delegado Papal oficiaba con la afectación de primerísimo actor.

Cuando el ceremonial litúrgico hubo concluído, llegaba el momento de proceder al acto de coronación. Con un dejo de parsimonia, el Delegado llamó a su asistente indicándole que le acercara la charola sobre la cual centelleaban las coronas. Tomó la primera, la más grande, la que correspondía al primero e inigualable Monarca de Matura. Iba a colocarla sobre la crespada cabellera, cuando en un acto repentino e inesperado Poiré se la arrebató, para colocársela por propia mano. Apenas el representante del Papa salía de su asombro, cuando Poiré se adelantó para tomar la otra corona y, con delicadeza, la depositó sobre la rubia

y abundante cabellera de su consorte. Después, ambos se levantaron y enmedio de la sorpresa de los asistentes, otra vez con el marco musical de la orquesta, abandonaron el recinto.

— Cuarenta siglos nos contemplan — susurró el soberano junto al oído de su mujer.

— No entiendo — contestó ella.

— No importa — repuso él.

El banquete fue imponente. El baile rebasó los límites de la credibilidad. Todo era absurdamente fastuoso. En lo que iba del siglo, nadie había presenciado algo así. Para su gloria imperecedera, Poiré revivía el esplendor napoleónico. Poiré redimía el lujo del medioevo. Poiré resucitaba la ostentación oriental.

En el amplio salón del palacio, los invitados que llegaban al Baile de Coronación eran solemnemente anunciados por un chambelán. Aquello parecía una estampa del Versalles de los Luises. En voz baja, hubo quienes se preguntaran cómo era posible que Matura pudiera subvencionar tan estratosféricas erogaciones.

A las once de la noche, se anunció la llegada de la pareja real. Los cónyuges, con los rostros iluminados por la más grande satisfacción, cruzaron el salón hasta llegar al trono. Desde ahí, Poiré dio la señal de que se iniciara el baile. La orquesta interpretó "Los Bosques de Viena." La fiesta habría de continuar hasta muy entrada la mañana del día siguiente.

Los cables recibidos en las agencias de información reseñaban la noticia más sensacional de cuantas hubiesen registrado los medios modernos de comunicación.

Poiré intentaba dar principio a una era. En su abismal locura, pensaba en la posibilidad de que en los calendarios del universo, se estableciera el parteaguas de la historia: antes y después de él.

Pasado el evento, idos los notables huéspedes, silenciado el ajetreo, repartidos los restos de las viandas entre la famélica población, Matura supo lo que sería su destino. La crueldad del dominio inglés no tenía punto de comparación, ni siquiera de aproximación, con el terror que estableció Poiré que, urgido de recursos para sostener su ostentoso reinado, restituyó la esclavitud. Gravó a los maturos con infinidad de tributos. Y en un acto de evidente revanchismo en contra de la tribu de su madre, como para cobrarse las afrentas y la marginación que en vida había sufrido Miranga, casi destruyó la región de los camabi. A punto estuvo de desaparecerla. Valiéndose del mínimo, deleznable motivo; mandó asesinar a los más ancianos de la tribu, es decir, a aquellos que por su edad, debieron ser contemporáneos de Miranga. Parecía que su intención fuera aniquilar, sin consideración, a los que pudieran atestiguar por propio conocimiento el ignominioso origen de Su Majestad, Charles I.

Lo hubiera logrado.

Pero en la profundidad de la selva en que se encontraban enclavados los camabi, apareció Lumasa. Le apodaban "La Pantera," porque lo parecía. Agil, feroz, elástico, inasustable. Con el ímpetu de su juventud, Lumasa lanzó el grito de la rebelión. Su lucha en contra del incipiente imperio, primero fue eminentemente localista. Sólo que su alzamiento recibió prontas adhesiones. Fue ganado adeptos de tribu en tribu, de región en región, de provincia en provincia. Hasta llegar a Bombaka.

Al escuchar la enardecida y trepidante oratoria de que hacía gala Lumasa, los maturos sentían que el pánico se les desmoronaba y readquirían el valor de otros tiempos, de años idos. El país se levantó en armas. Frente al embate de los guerrilleros, el endeble cimiento del reino se fue resquebrajando. Poiré, entre tanto, acusaba mayores síntomas de locura. Seguía empeinado en construir la segunda etapa de la gloria napoleónica. Su Imperio se extendería por el Africa. Proseguiría por Europa. Después . . . ¿quién podría detenerle?

Debido al creciente avance del movimiento encabezado por Lumasa, el Gabinete Real se encontraba confundido. Su Majestad se empeinaba en restarle importancia a la revuelta. Nadie — deducía de acuerdo con su particular lógica — tendría la audacia suficiente para enfrentársele, porque él era demasiado grande y, además, invencible.

La rebelión, sin embargo, continuaba aumentando sus fuerzas. Charles I, era el único que no quería aceptar la evidencia de los hechos, que resultaban contrarios a los intereses del imperio.

Sus sueños febriles, maniáticos, se fueron pulverizando ante la innegable realidad. Urgido de recursos, Poiré no supo qué hacer cuando Lumasa convocó a una huelga nacional. Las minas de diamantes, que eran la principal materia de exportación, dejaron de producir. Toda actividad económica se paralizó.

El déficit en el presupuesto alcanzaba proporciones catastróficas. Las deudas contraídas en el exterior, se multiplicaban sin posibilidad de contenerlas. Los países acreedores comenzaron a reclamar, sin circunloquios diplomáticos, el pago de los empréstitos. Debido a la importancia financiera de Charles I, se clausuraron los créditos para Matura. Incluso, algunos gobiernos dejaron entrever la amenaza de cobrar a la fuerza. Inglaterra, por su parte, analizaba la posibilidad de reconquistar el territorio perdido.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó Senta en un arranque de nerviosismo, entre lágrimas ocasionadas por el miedo y la desesperación.

— Espera — contestó el Emperador, pretendiendo tranquilizarle —. No te aflijas. No te dejes influenciar por el pesimismo de mis mal llamados colaboradores. Ellos no alcanzan a comprender que ningún mortal será capaz de destruir nuestra epopeya. Anda, vete a descansar. Déjame solo. Necesito meditar mucho. Mucho.

Obediente, Senta se retiró. Poiré quedó en su despacho, con nada más que sus soberanos pensamientos. Sobre el escritorio había dejado, después de leerlo repetidas veces, el ultimátum que le enviaba el gobierno francés: o se saldaban de inmediato los gastos contraídos con motivo de las fiestas de coronación, o Poiré tendría que atenerse a las consecuencias.

Más allá del palacio, la rebelión cundía.

Las tropas imperiales, ya sin remuneración, defecionaban. El rey se iba quedando en un abandono total. Senta advirtió lo difícil de las circunstancias. Valiéndose de la distracción del monarca, a hurtadillas empaquetó sus alhajas y lo más valioso del vestuario. Ya en prevención, aun antes de que Lumasa apareciera en el escenario, ella había enviado a Suecia fuertes cantidades de dinero. Con sigilosa astucia, preparó la huida. Cohechando a los oficiales de la guardia real, se largó en uno de los tantos aviones que pertenecían a su enloquecido consorte. Jamás se volvió a saber de ella.

Cuando a Poiré le dijeron que la Emperatriz había abandonado Matura sin intenciones de regresar, asumió una pose de dignidad indeclinable, disfrazando el dolor que la noticia le causaba.

— No importa. Incluso sin Senta, conquistaré al mundo.

El 13 de diciembre de aquel año que no quería recordar, reventó la violencia en todo, absolutamente todo el imperio. Matura erupió como un volcán que hubiese estado en permanente potencialidad de vómito. Poiré quiso, en el último intento de conservar lo que ahora sí advertía perdido, colocarse al frente de un ejército que creía fiel al imperio. Nadie le siguió. Estaba aniquilado. Su orgullo se hizo trizas.

Ocultándose en el despacho real, estremecido por las lágrimas, proyectó su fuga. Al pensar en el refugio que algún día Jeremías le ofreció, pudo recordar que Napoleón había sido

confinado a una isla. Y en un trágico desplante de querer que la historia se repitiera, antes de abandonar el país, le dijo al único sirviente que le siguió siendo fiel:

— Volveré. Me voy sin que me amargue la ingratitud de mis súbditos. Pero volveré. Para entonces, los mismos que hoy me echan, se verán precisados a recibirme con los honores que sólo corresponde hacer a los héroes de la patria. Ya verás que cuando se den cuenta de la falacia que están cometiendo, de rodillas irán a pedirme que regrese. Bien lo sé. Y a pesar de lo que hoy me hacen sufrir, que Matura no se preocupe. Yo llegaré a salvarle del caos que seguirá a mi ausencia.

Sólo que los días pasaban, interminables, sin que Poiré alcanzara a recibir el llamado de su pueblo. Habitante de la isla de Jeremías, esperaba, en vano, la llegada del correo. Ni siquiera Senta se acordaba de escribirle.

Una crisis de indignación convulsionó su debilitado cerebro, cuando de pronto escuchó por la radio las últimas novedades de Matura: Lumasa había restaurado, triunfalmente, la República. La tumba de Botuba fue descubierta, declarándose Monumento Nacional, Altar de la Patria.

A Lumasa le hicieron Presidente, en apoteósica votación. Matura se hallaba en proceso de reconstrucción. Nuevamente el espíritu de Botuba presidía las aspiraciones del "país de los hombres que descienden de los siglos". Desterrada la monarquía, nadie quería saber más de ella. Ni de Charles I.

Poiré se encendió de ira. No obstante — recapacitó — nada lograría desmoronar su sueño ni desviar el curso de su glorioso destino. Retornaría a Matura. Victorioso. Triunfante. Imprescindible. Aclamado por las multitudes, como el máximo estadista del siglo XX. Y de toda la historia . . .

La noche envolvió a la isla, con un manto de negrura salpicado por el chisporrotear de las estrellas.

A lo lejos, se escuchaba el rumor del océano que llegaba a dejar su impetuosidad vuelta espuma, sobre el oro muerto de la playa.

Abraham Gómez — recluido en su recámara — no podía dormir. Le resultaba imposible conciliar el sueño. Su crónico insomnio le preocupaba sobremanera. Primero, le dio por beber. La fatiga alcohólica alcanzaba a adormecerle, aunque luego despertaba con la mente nebulosa. Después, el alcohol no fue suficiente. Recurrió a los somníferos que traía el avión contratado por Jeremías para mantenerlos vinculados al resto de la humanidad. También, inicialmente, las pastillas le dieron buen resultado. Luego, ya no. Fue entonces que tomó la determinación de mezclar drogas y licor. Pero el efecto producido tuvo peores consecuencias. Constante, agudo dolor de cabeza. Estado de insufrible depresión. Ofuscación mental. Incoordinación de los movimientos. Aquello le hizo apartarse del experimento. Prefirió pasar las noches en vela. Aunque iba resintiéndose un considerable debilitamiento en su, de por sí, golpeado sistema nervioso.

Abraham Gómez. Primogénito del más rico hacendado de Venera. Hijo predilecto de sus padres, pese a Onésimo y Máximo, los dos vástagos restantes.

Abraham creció entre mimos excesivos. Orgullo del árbol genealógico de su familia. Inteligencia deslumbrante que se manifestó desde los primeros días de su existencia. A los cinco años, lector infatigable de los volúmenes que formaban la vasta biblioteca propiedad del abuelo paterno.

— Abraham es un niño prodigio — alcanzó a escuchar que decía de él su tío Antulio Gómez.

— Cierto — respondió el padre con orgullosa satisfacción —. Todos lo dicen. Heredó la lucidez del abuelo. Ya ves que al viejo se le considera el mayor intelecto que haya habido en Venera.

En la escuela, Abraham sobresalió siempre, de entre todos sus condiscípulos. Les aventajaba sin proponérselo. Acreditó los máximos honores en aprovechamiento, puntualidad, aseo, disciplina. Con igual perfección, dominaba la aritmética, la gramática, el dibujo, la historia . . . A cambio de tal proeza, sus compañeros se conjuraban para aislarle. Sus condiscípulos le rehuían, evitando hablarle o siquiera sentarse junto a él. Nadie se atrevía a ofrecerle amistad. Se acostumbró pues, a monologar.

Supo, desde entonces, las laceraciones que en el espíritu ocasionan el despecho y las calumnias. Le inventaban cosas denigrantes. En voz alta, proferían insultos y mentiras que nunca se atrevió a contestar. Cuantas veces le retaron a golpes, rechazó el reto. Su pasividad, su conformismo, le acarrearón mayor antipatía. El menor adjetivo que le endilgaban, era el de cobarde.

Por si fuera poco, Onésimo y Máximo también resintieron la virtual preferencia que por el hijo mayor mostraban los padres. De modo que, tampoco ellos procuraron su compañía. Nunca le invitaron a participar en sus juegos.

Abraham, siempre estuvo solo.

Un espantoso complejo de culpa se fue posesionando de su espíritu. No tenía a quién confiar sus inquietudes. Se creía aborrecido por todos. Incluso, pensaba que la preferencia que le dispensaban sus padres no era sino una manifestación disfrazada de lástima, de compasión, por quién sabe qué desconocidos motivos, que su mente infantil no alcanzaba a descubrir.

Así, aprendió a vivir nada más que consigo propio. Se construyó un mundo de ensueño en donde, él, era el único centro de atención. Ideó juegos con un solo participante. Acentuó su tendencia a monologar. A veces, audiblemente. Otras, en silencio.

Hasta donde le era posible, rehuía cualquier contacto con el exterior. Se encerraba en su recámara a leer, a escribir, a dibujar

extrañas figuras geométricas, a soñar despierto, a desconectarse de su triste realidad. Sus padres no le daban importancia a ese comportamiento. Pensaban que Abraham debía ser distinto, en todo, a los demás. Esperaban mucho de él. Estaban seguros de que lograría rebasar el prestigio que les había legado el abuelo.

Abraham, se volvió hipersensible. Durante sus frecuentes crisis de depresión, no dejó de pensar en el suicidio como única solución a sus problemas. Alguna vez lo intentó. Pero los medios utilizados, lo único que le produjeron fue una infección intestinal de la que tardó largo rato en recuperarse. El prolongado quebrantamiento de su salud fue un excelente motivo de escarnio para Máximo y Onésimo, quienes no desaprovechando ocasión de lastimarlo moralmente, se burlaban de su forzado confinamiento en el cuarto de hospital a donde le llevaron de urgencia.

Abraham se veía acosado por todas partes. Y un ansia infinita de comprensión y de cariño fue creciendo en él, conforme pasaba el tiempo.

El periodo más crítico de su vida, lo tuvo durante la adolescencia. Entonces se volvió increíblemente hosco e intratable, incluso para con sus padres. El rencor que le habían forzado a acumular contra el mundo, le deshizo la hiel. Nadie tuvo el grado de introversión que alcanzó a adquirir. Se hundió, irreconciliable, en su mundo de lecturas.

Un suceso inesperado le arrancó de la postración moral en que se hallaba. El lamentable accidente automovilístico en el que perecieron sus progenitores, le colocó en situación distinta. Se encontró, de pronto, huérfano y heredero casi único de la considerable fortuna de los Gómez. Sin pensarlo mucho, luego de repartir los bienes que le correspondían a Máximo y Onésimo, abandonó la hacienda para irse a la ciudad. Ahí rentó un departamento de primera, lujoso y confortable.

En la ciudad, sin embargo, y lejos de todo aquello que tan

seriamente le había afectado, no lograba romper el cerco psicológico en el que le mantenía su desmesurado pánico a los demás.

Fue al inscribirse en la Universidad que su vida tuvo un cambio que ni él mismo hubiera imaginado. Conoció a Evángela Peralta.

Evángela. Al nacer, su madre murió.

El padre le hizo crecer entre golpes y blasfemias. Con odio irrefrenable, la acusaba de ser la culpable de su viudez. La llamaba asesina.

Evángela vio cómo el padre arrimaba otra mujer al hogar. Entonces, la vida le resultó peor. La intrusa contribuyó, enormemente, a acrecentar el infierno dentro del que Evángela se debatía. Hasta que no pudo más.

Con el llanto prendido permanentemente en las pupilas, se armó de valor y abandonó la casa y la ciudad. Cuando los esposos Peralta la encontraron, parecía haber enloquecido. Estaba exhausta, carcomida por el hambre. La llevaron con ellos y luego de asearla, vestirla y proporcionarle alimentos, le hicieron dormir. Pensaban entregarla a la autoridad al siguiente día, ya que la niña hubiese recobrado la tranquilidad, porque las preguntas con que trataron de indagar la identidad de la pequeña se hicieron añicos ante el lamentable estado de ánimo de Evángela.

Aquella noche, la niña soñó en un mundo nuevo. Veía muy de cerca a los Peralta, acompañándole en el recorrido de un camino que dejaba atrás las tinieblas para penetrar en la luminosidad de una maravillosa aurora. Por primera vez en su existencia, sabía de una caricia. Por ocasión primera, escuchaba que le hablaban con ternura. Una gratitud oceánica le invadió el subconsciente. Al despertar, simplemente se sentía otra. Estimulada por el trato amable de los Peralta, entre llantos y remedos de risa, les narró la tragedia de su muy breve historia. Dio el nombre del padre, la dirección del hogar, la ciudad de la que provenía,

las vicisitudes de su fuga. Pero después de decirlo todo, suplicó al matrimonio que no la regresaran, que le permitieran quedarse con ellos. Prometió portarse bien y trabajar en cuanto le ordenasen.

Angélica y Arturo Peralta se sintieron fascinados por el encanto natural que proyectaba la pequeña. Estaban seguros de que no les mentía. Además, admiraban la fineza de sus rasgos, la beldad del rostro, las crenchas doradas, la blancura de la piel, la admirable madurez de sus palabras. Vieron la huella de los golpes en el cuerpo. Descubrieron las heridas causadas por una brutalidad absurda. Y como para llenar el vacío en que se encontraba su matrimonio estéril, decidieron quedársela.

Sin embargo, para cubrir los trámites legales, se dedicaron a comprobar lo dicho por Evángela. Investigaron dato tras dato sin descubrir la mínima falsedad. Se trasladaron a donde residía el padre de la chica y le escucharon decir que no quería saber más de Evángela. Con una táctica muy fina, recabaron de él su consentimiento y su firma. Y la adoptaron como hija propia, cubriendo los requisitos del Código Civil.

En seguida, la vida de Evángela se transformó para su bien. Los Peralta la colmaron de cariño como si quisieran hacerle olvidar el drama que había padecido. La inscribieron en un colegio particular de comprobado renombre, para que iniciara su instrucción escolar. Y Evángela demostró en el aula una inteligencia que sus maestros calificaban de sobresaliente.

Creció en belleza y en sabiduría.

Siendo una adolescente admirada por sus encantos físicos y espirituales, conoció a Abraham Gómez. Se enamoró en un acto espontáneo de apasionamiento limpio y generoso. Se sentía orgullosa de estar junto de él, de escucharle, de mirarle. Cuando el joven les fue presentado, tampoco los Peralta pudieron resistir a la imagen de formalidad y respeto que Abraham proyectaba. Consintieron en el noviazgo.

Durante la carrera profesional de ambos, el mutuo cariño que se profesaban se volvió indisoluble e insustituible. Vivían el uno para el otro, identificándose en todo. Abraham se tituló en Derecho. Evángela se graduó en Filosofía. Concluidos los quehaceres escolares, decidieron casarse. Lo hicieron con discreción. Apenas una decena de familiares y amigos atestiguaron el matrimonio. Los hermanos de él y el progenitor de ella, no quisieron asistir. Nadie lamentó sus ausencias.

Abraham, al igual que como estudiante, comenzó a destacar en el desempeño de su profesión. Activado por su indestructible inquietud, en los ratos disponibles escribía. Incursionó, con éxito, en la actividad periodística. El diario más importante del país publicaba sus artículos. Editó un Tratado de Derecho Internacional que fue adoptado como libro de texto. Por oposición, ocupó la cátedra de esa materia en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional, conquistando el reconocimiento y la simpatía de sus discípulos quienes le concedieron el título, a todas luces vivificante y merecido, de Maestro de la Juventud. Con cierta frecuencia, era solicitado para dictar conferencias en instituciones de estudios superiores y en los más connotados círculos intelectuales. Su nombre, adquirió resonancia nacional.

Un día irrumpió en el hogar con el rostro resplandeciente. Evángela se asustó. Abraham le dijo, en tanto la alzaba en vilo:

— Me han nombrado asesor de la Presidencia de la República en el área de asuntos internacionales. Traigo el nombramiento firmado por el mismísimo Presidente. Este es uno de los días más felices de mi vida y quiero compartirlo contigo.

No paró ahí. Su fama de jurisconsulto le llevó a ocupar una curul en la Cámara de Diputados. Concluido su periodo, se le postuló como candidato a Senador. Su enorme popularidad, le permitió disfrutar de un triunfo resonante, arrollador. Nombrado Jefe del Consejo Senatorial, de acuerdo con la Constitución,